

JOSÉ MARÍA FUSTER-FABRA



**TU
REFUGIO
EN EL
INFIERNO**

Me llamo Francisco de Borja Alba de Lauria y Monforte, marqués de Gules, pueden llamarme Fran, para abreviar, y soy, sí, soy, inspector del Cuerpo Nacional de Policía en la Jefatura de Barcelona. Marqués por la gracia de mi padre; no es que me entusiasme, pero he de afirmar que mi educación privilegiada me ayuda a desempeñar un cargo que es, cómo decirlo, una vocación. Pasé por una temporada *hippie* en Ibiza aclarándome las ideas y luego otra temporada en la Legión para curtirme como es debido. Me gustan las mujeres, los buenos restaurantes y, aunque tengo una marcada tendencia a ir por libre, soy leal y cumplidor, y estoy convencido de que la vida requiere acción. Siempre he pensado que en el mundo hay dos tipos de personas: los que hemos venido a no aburrirnos y los que sí lo hacen; los segundos no me interesan en absoluto.

Desde que Mariela Vegas, prostituta en un club de alterne, ha aparecido asesinada en Colombia no paro de dar vueltas a cómo hincar el diente a un caso que, como las estadísticas, oculta más de lo que enseña. ¿Trata de blancas? ¿Narcotráfico? ¿Terrorismo? ¿Corrupción institucional? Si me ayudan a resolver este caso, les prometo un paseo por los bajos y los altos fondos barceloneses y una visita por menorizada a la cocina del trabajo de policías, guardias civiles, espías, abogados, fiscales, jueces... Y políticos corruptos. ¿Me acompañan?

Índice de contenido

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

A Roser, Maribel, Pepe e Irene y al resto de mi familia por todo.

A Mario, Paco, Bruno, Felipa, José Antonio, M.^a Luisa, Javier, Marisa, Manolo, Víctor, Ámbar, Ferrán, Isidre, Dani, Pedro, Alejo... Y tantos otros que me regalan su amistad y me han prestado parte de su vida para inspirar los personajes de este libro.

I

Fran se había planteado muchas veces cómo reaccionaría ese día, cuáles serían sus sentimientos. Incluso si acudiría o no al entierro.

Allí estaba de cuerpo presente don Javier Alba de Lauria, marqués de Gules, acompañado en sus últimos momentos por lo más florido de la sociedad y el mundo empresarial. Y allí estaba él, su hijo, su único hijo varón, con la trascendencia que eso supuso siempre para su padre. Francisco de Borja Alba de Lauria, ahora ya marqués de Gules, de profesión, inspector. Ni tan siquiera inspector jefe o comisario del Cuerpo Nacional de Policía. Inspector a secas.

Un simple –que no es lo mismo que un humilde– inspector. Por una razón muy sencilla: porque jamás se le había ocurrido plantearse un ascenso, lo que por otra parte hubiera sido inútil dados sus expedientes acumulados. Bastante había tenido con librarse de la prisión en más de una ocasión. De eso se había encargado siempre su abogado, Efe Efe, un veterano y curtido letrado a quien, en vez de dedicarse a ganar dinero asesorando empresas, le había dado por defender policías.

Bien es cierto que tampoco le importó nunca lo del ascenso, ni profesional ni económicamente, porque su madre, doña Elvira Monforte y de Suances, siempre se cuidó de que nunca le faltase ni un duro. Ni un euro, mejor dicho. Ni los suficientes duros, ni los suficientes euros.

Así había sido desde aquel día, una lejana tarde de verano en Ibiza, en que les había comunicado que no pensaba volver a casa, que a sus diecinueve años había conocido a Janette, una sonrisa dulce y liberal. Janette era una mujer belga casi veinte años mayor que él. Era lo último que sus padres se esperaban cuando les dijo que se quedaba con ella en Ibiza, que ella le mantendría si el puesto de pulseras y cadenas que iba a montar en un mercadillo no le daba para vivir.

Aquella fue una época libertina de sueños idílicos y amor libre, una utopía de supuestos *hippies* que, como él mismo, recibían en muchas ocasiones transferencias desde su casa para poder seguir haciendo el amor y no la guerra. Época de baños al amanecer en la playa de Las Salinas, de comunas que terminaban siempre agrietadas por los celos, de lunas llenas mitificadas y de rebeldía cómoda, muy cómoda.

—Fran, ¿estás bien?

Avendaño, Felipa Avendaño, era su segunda en el cuerpo y su contrapunto. Tenía una intuición especial para detectar sus momentos de flaqueza, algo que Fran no solía permitirse. Estaba allí, a su lado. Más cerca que su madre o sus hermanas, pensó. Su pregunta sirvió para traerle, momentáneamente, de nuevo a la realidad.

—Sí, sí, Avendaño. Gracias. Estoy bien.

La realidad siempre se encarga de ponerle ese punto final a las ensoñaciones. También había sido así en el pasado cuando Janette decidió terminar con su sueño perfecto al lado de aquel francés que llegó en un yate y se enamoró de su pelo lacio, su sonrisa perfecta y especialmente de ese cuerpo desnudo que se bañaba en Las Salinas y parecía haberse rebelado contra el tiempo, porque apenas aparentaba acercarse a la treintena. Quizá fuese verdad que eso de alimentarse solo de frutas y vegetales tenía sus ventajas.

Para cuando acabó el sueño, su padre, el padre al que estaban enterrando, ya no le dirigía la palabra. Para un aristócrata que había tenido el mérito de no dilapidar la fortuna heredada, eso de tener un hijo *hippie* –además, su único hijo varón– dando tumbos por Ibiza era inasumible. De hecho, se había autoconvencido de que solo tenía dos hijas, Elena y Susana, ambas magníficamente educadas, universitarias, farmacéutica la una y economista la otra. Las dos bien emparejadas y con el futuro que para ellas él había deseado.

Lo de Francisco de Borja, Borja en Ibiza, y ahora Fran en la policía, siempre le había superado.

Cuando volvieron a encontrarse, Fran lo recordaba perfectamente, las cosas no fueron bien. Todo lo contrario. De nada sirvió que, siguiendo los consejos de su madre, se apuntase al segundo curso de Derecho en una universidad privada. Borja no había olvidado su época *hippie* ni las curvas de Janette, y su padre no estaba dispuesto a perdonárselo. Es posible que el olor a porro que flotaba de vez en cuando en su habitación tampoco ayudase.

No es que hubiera esperado otra cosa. O a lo mejor sí, pero después de ese primer momento, Fran tuvo claro que su padre difícilmente le perdonaría, y de hacerlo sería solo con la condición de someterle directamente a su voluntad, una prueba de fuego que no estaba dispuesto a soportar.

Y entonces se le había ocurrido algo.

Nadie, ni siquiera él mismo, se explicaba cómo había podido llegar esa idea a su cerebro; probablemente una reflexión posible fue: «¿Qué puedo hacer que mi padre no me pueda recriminar? ¿Qué puedo hacer para que se trague su orgullo y demostrarle que soy capaz de cualquier cosa?». O, tal vez, sencillamente: «¿Qué he de hacer para demostrármelo a mí mismo?».

No le dijo nada a nadie, ni tan siquiera a su madre, su eterna protectora, que había rellenado los papeles corres-

pondientes al tiempo que pedía el traslado de su matrícula a la UNED. De hecho, se lo notificó a los dos a la vez: «Me he alistado en la Legión».

Su padre se limitó a dirigirle unos escasos monosílabos mientras permanecía sentado en su sillón sin apenas mover un músculo. Su madre se retiró, rezando para que aquella decisión no fuese sino una pataleta. Luego intentó hablar con él a solas, y como madre, como protectora, intentó convencerle de la locura que aquello suponía: «No aguantarás», terminó por decirle, meneando la cabeza.

Pero aguantó. Tres años en Ceuta, en el Tercio Duque de Alba. Paradojas del destino: su unidad llevaba el nombre de un aristócrata, como su padre, como él en definitiva; algo que en el fondo siempre tuvo asumido. Incluso cuando se bañaba completamente desnudo en las aguas mediterráneas de la isla, llevaba en su dedo meñique, como le había indicado su abuelo, el anillo de oro que este le había regalado cuando cumplió dieciocho años. Quizá aquello fuese lo único en lo que siempre se pareció a su padre, en llevar con la misma secreta complacencia el mismo anillo con el mismo escudo de familia. Como si de algún modo, pese a sus manías transgresoras, en el fondo también sintiera ese orgullo de pertenencia.

Su vida en Ceuta fue todo menos cómoda. La Legión, pese al cambio de los tiempos, seguía siendo un lugar ideal para redimir pasados inconfesables, y todo era tan agotador que no quedaba tiempo para pensar. Afortunadamente, por otra parte. El antiguo Borja asumió lo de convertirse en «novio de la muerte» con el mismo espíritu con el que antes había sido «amante de la buena vida» o del cuerpo de Janette, que para él era casi lo mismo. Y quizá fuera ahí cuando se convirtió en Fran.

Durante aquellos tres años tuvo la extraña sensación de que, salvo en el trabajo, había cosas de su otra vida que le resultaban familiares. Los cigarros de maría, las noches en bares y tabernas, y la misma pregunta por aquel

anillo de oro del que jamás se desprendía con la misma respuesta que pretendía restarle importancia: «Nada. Un regalo de mi abuelo».

Todavía ahora, cuando necesitaba pensar en algo con detenimiento le daba vueltas a aquel anillo. Como si fuera el engranaje que pusiera en marcha un mecanismo.

En tres años y a distancia completó dos cursos más de Derecho. La carrera le importaba un bledo; le parecía un rollo infumable, y ni en su versión *hippie* ni en su faceta legionaria le parecían nada coherentes, ni tan siquiera relevantes, las cosas que decían aquellos libros. Sencillamente, Derecho era una carrera que se sacaba a base de memoria y de eso él andaba sobrado. Si la continuó fue porque había sido el único favor que le había pedido su madre antes de despedirle rumbo a Ceuta.

Con el tiempo mantendría tan buenos recuerdos de su paso por la Legión como de su época en Ibiza. En Ceuta también había muchas Janettes, aunque el amor durase apenas unos minutos y la mayoría de las veces fuese a cambio de un precio pactado. Y eran tan efímero como el de Janette: solo cambiaba su duración.

Los legionarios, como los *hippies*, eran, en general, igual de gorriones, pero el dinero nunca fue un problema para Borja. Le bastaba con escribir a su ángel de la guarda y puntualmente le llegaba la beneficencia.

Entre *hippies* y legionarios había encontrado buenos y malos compañeros, pero con un punto más a favor de los uniformados, y era que en su espíritu no solo estaba disfrutar la vida sino, en caso de necesidad, jugársela a cara o cruz y no dejar nunca a un compañero abandonado. Eso lo había podido comprobar en más de una ocasión a la salida de cualquier tugurio, cuando aparecía la Policía Nacional o la Guardia Civil, aunque el altercado nunca llegaba a mayores porque unos y otros se conocían demasiado bien y sabían de lo que cada bando era capaz si las cosas se ponían feas. Al final todo terminaba con alguien dur-

miendo la borrachera en el cuartel. Y si procedía, con el consiguiente arresto, aunque como le dijo un día un veterano sargento: «En el glorioso ejército español jamás se ha arrestado a nadie por borracho, sino por no saber mear a tiempo». Si de una cosa podía dar fe Borja es que en la Legión, nunca, jamás, ninguno de sus compañeros dio un paso atrás. En eso sí se diferenciaban de los *hippies*, donde al más mínimo lío todos ponían pies en polvorosa y cada uno se las apañaba como podía.

Tres años en Ceuta habían dado para mucho, pero al finalizar el compromiso Fran había decidido volver a casa. En su Barcelona natal el panorama apenas había cambiado. Su padre nunca le recriminó su paso por los novios de la muerte, faltaría más, eran el último baluarte de una civilización que, como decía Chesterton, él no tenía el más mínimo interés en que se hundiese. Pero Fran sabía que no era eso lo que el marqués esperaba de su hijo, como también sabía que su padre era lo suficientemente inteligente para adivinar que aquella repentina vocación militar había sido uno más de sus intentos de ponerle a prueba, esa vez enfrentándole a algo que no le pudiera echar en cara.

Su madre se limitó a alegrarse mucho de su vuelta y pedirle que sentase la cabeza definitivamente, que hablase con su padre, acabase la carrera y se incorporara a las empresas familiares. Pero el problema era otro. Quizá, sencillamente, que ambos fueran más parecidos de lo que estaban dispuestos a admitir. Era orgullo contra orgullo, poder contra poder, y Sudáfrica quedaba demasiado lejos como para dedicarse a la pesca del tiburón.

La alternativa al dilema sobre qué hacer se le ocurrió de manera casi casual cuando Marga, que no era Janette, sino alguien mucho más joven a quien la belga no tenía nada que envidiarle, le dijo una mañana al tiempo que retiraba las sábanas que habían compartido: «Tú porque eres un pijo y tus padres son ricos, pero yo no tengo ni un

puñetero pariente empresario, ni nada que se le parezca, así que ahora que ya hay muchas mujeres en la policía, igual me hago madero». Y sin prácticamente transición extendió ante él un temario de las oposiciones.

La verdad es que para Borja sus experiencias con la policía, como *hippie* y como *lejía*^[1], no habían sido demasiado gratificantes. Había conocido calabozos tanto con el pelo largo como con la cabeza casi rapada, pero como nunca se metió en un marrón grave, en general había topado con tipos normales, profesionales de lo suyo que no estaban por la labor de hundirle la vida a nadie ni por un canuto ni por una bronca. Supo que para ser inspector de policía bastaba con los primeros años de la carrera, una oposición donde la memoria era clave, y luego una temporada en la Academia de Ávila, un tiempo fuera de casa debidamente mantenido y alimentado. Pensó que la Academia poco podría asustarle después de su paso por Ceuta. Sería lo mismo, se dijo para sí, solo que con menos mochilas llenas de cosas a la espalda y más cosas que empujar; y eso tampoco estaba tan mal.

Nuevamente se lo dijo a los dos a la vez. Nuevamente su padre se quedó en el sillón. Nuevamente su madre esperó a reunirse con él a solas. Nuevamente trató de disuadirle: «¿Para qué quieres ser policía si puedes tener todo lo que quieras?». Borja no supo qué responderle porque no lo sabía ni él: ¿Para demostrarle algo a su padre otra vez? ¿Para hacer algo que, aunque le molestase, no le pudiera reprochar? No tenía ni idea, ni tampoco se le ocurrió qué responderse a sí mismo. Sonrió a su madre y se limitó a decirle: «Será que le he cogido el gusto a los uniformes». Su madre le besó como solo besa una madre y no le dijo nada. En secreto creyó que también se cansaría de eso y entonces volvería al redil. Una vez más, un último favor: «Acaba la carrera». Eso lo cumplió mientras preparaba las oposiciones.

Así llegó a Ávila de alumno, ni bueno ni malo, el mínimo esfuerzo para quedar de la mitad hacia atrás. Muy bueno en tiro, quizá porque ya venía entrenado; bien en todo lo relacionado con la memoria, y en el resto, justito. Eso sí, demostró ser toda una promesa porque no había lío que se organizase en el que no estuviese metido. Y así fue como descubrió que en la Academia también te arrestaban, pero que por lo menos no te llevabas una patada en el culo por parte de un sargento como en Ceuta.

Allí las broncas eran siempre fuera del cuartel; en Ávila la disciplina era más racional. No había por qué tener a la muerte por novia, pero eso no le libró de más de un arresto, todo un presagio de los expedientes que le acompañarían de por vida y ante los que utilizaría unas herramientas que siempre le habían funcionado: su porte alto y delgado, su aire distinguido y la exquisita educación que sabía sacar en el momento oportuno. Con ellas había aprendido a conjugar de manera perfecta la altivez con la humildad para que el mando de turno se sintiera realmente importante. Esta sería siempre su mejor arma. La misma, exactamente la misma a la que acababa recurriendo cuando le abrían diligencias en algún juzgado por alguna denuncia, razonable o no. Lo último que espera un juez, un sargento de la Legión o un profesor de academia de policía es que quien depende en ese momento de su decisión se muestre con una educación exquisita y una predisposición absoluta a acatar las consecuencias, aunque por dentro esté pensando que a la mínima oportunidad volverá a hacer lo mismo.

Tenía una cierta propensión a meterse en líos, eso era cierto, lo reconocía, quizá disculpándose a sí mismo. Como también era cierto que su padre jamás había perdonado sus desmanes. Y eso que no se había enterado ni de la cuarta parte. Pero ahora estaba muerto. Y el marqués era él. «Un marqués policía», pensó con un raro regocijo. Le dio pena no haber sido capaz de haber intimado más con

su padre. Una especie de melancolía tibia. Sus hermanas sollozaban en sus vestidos negros, enjugándose las oportunas lágrimas con pañuelitos pulcros y perfectos. El oficio parecía estar a punto de terminar y Fran no pudo menos que preguntarse por sus propias emociones. Un observador ajeno jamás habría adivinado que el fallecido era el padre de aquel hombre de mediana edad con los ojos perfectamente secos. Quizá él no se hubiera comportado como un buen hijo, pero ¿había sido el anciano marqués un buen padre?

No es que él se hubiese molestado en ir buscando padres postizos, pero sin saber muy bien cómo, los había ido encontrando. En la complicidad de Efe Efe, su abogado. O en el buen oficio de sus superiores. Recordó especialmente a Simón. Tras la Academia, de vuelta a Barcelona, en el tiempo de prácticas le había tocado con él, un veterano, un perro viejo curtido en mil batallas, que había pasado por las secciones de homicidios, atracos y estupefacientes, y que conocía lo mejor de cada casa. Pese a su carácter a veces bronco y a su aire hostil, el antiguo Borja, ya convertido en Fran, se lo ganó enseguida.

Nada le molestaba más a aquel caimán que un jovenzuelo voluntarioso en prácticas. Pero aquel chaval era diferente. No solo porque le importaba muy poco gastarse lo que fuera en una buena botella de vino, sino porque los tenía cuadrados. Se movía bien en los líos. Se lo había ganado especialmente el día en que en una redada por un asunto de prostitución fue capaz de conseguir que una de las chicas delatara a su proxeneta. La convenció a base de hablarle con tono pausado, llamarla señorita e incluso algo tan estrambótico como besarle la mano, algo que Simón solo había visto en las películas.

Allí fue también, en uno de sus últimos días en prácticas, cuando conoció a Roberto Serrano. Le buscó con la mirada en la iglesia porque, aunque no le había visto llegar, sabía que el veterano abogado jamás dejaría de asis-

tir al entierro de su padre. Y le encontró allí, al fondo, un poco en segundo plano, junto a Irene, aquella letrada perspicaz e intuitiva a la que de algún modo parecía haber apadrinado. Ambos estaban perfectamente serios en sus trajes oscuros, como procedía. Sus ojos se cruzaron brevemente. Fran no sabía lo que transmitía él. Lo que transmitía Serrano era la calma a la que él no había sabido entregarse en ningún momento de su vida.

Recordó el día en que le conoció en Vía Layetana, y cómo el letrado había estrechado fuertemente la mano de su maestro de prácticas como si, en vez de a un abogado cualquiera, saludara a un viejo camarada. Quizá lo que era. Porque ese día Fran aprendió algo muy importante: los caimanes, sean abogados o policías, juegan papeles diferentes pero nunca se muerden entre ellos. «Tú dime qué quieres y yo veré si te lo puedo dar; a cambio dime qué me propones y ya veremos si me conviene». Fran aprendió de la mano de los mejores que así se solucionaban muchas cosas y, sobre todo, que así se obtenía mejor información.

Pasados algunos años, uno de los días en que volvió a coincidir con Roberto por un asunto relacionado con el blanqueo de capitales se fijó en la mujer que le acompañaba. Era una chica joven en la que destacaban un pelo castaño rizado casi afro y unos intensos ojos azules, alta y con aire deportivo.

—Fran, te presento a Irene Serrano; pese al apellido no tiene nada que ver conmigo —bromeó—, pero es una excelente abogada a la que he conocido en algunas guardias.

Ambos se miraron a los ojos y se estrecharon cortésmente la mano. Quizá la duración fue un poco más larga de lo que hubiera sido estrictamente necesario. Fran decidió no hacer el ademán de besársela. Eso quedaba para otros menesteres y, ¿quién sabe?, para otras ocasiones lejos de una comisaría de policía.